

NAVES GENERACIONALES

Miquel Barceló

Dadas las limitaciones de la física relativista y las grandes distancias interestelares, la ciencia ficción se ha visto obligada a imaginar diversas maneras de superar los largos períodos de tiempo indefectiblemente asociados al viaje interestelar.

Una manera de soportar la duración del viaje interestelar sin tener que recurrir al viaje a velocidades superiores a la luz, es ralentizar los mecanismos vitales de los tripulantes. El método más conocido es el uso de *técnicas criogénicas de hibernación*, una idea que llegó a hacerse sumamente popular incluso en el mundo real a partir del libro *The Prospects of Immortality* (1966) de R.C.W. Ettinger. En dicho texto se defendía la idea de que los enfermos en estado terminal podían ser preservados en estado de congelación para esperar hasta que la ciencia médica descubriera una cura para su enfermedad o, incluso, la posibilidad de la resurrección de los muertos. De hecho, la *Cryonics Society of California* empezó a congelar personas muertas en 1967, aunque una avería ocurrida en 1981 parece haber dañado irreversiblemente algunos de los cuerpos congelados de quienes creyeron, más bien ingenuamente, en tal posibilidad.

Otra manera de abordar la larga duración del viaje interestelar, es por medio de las llamadas *naves generacionales*. Cuando un autor no quiere imaginar que pueda superarse la velocidad de la luz, puede optar por situar a sus viajeros interestelares en una gran nave que viaja durante siglos y siglos con total autonomía. En su interior, las generaciones se suceden una tras otra hasta que, llegados al fin del viaje, los tripulantes de la nave, descendientes de quienes la hicieron despegar, pueden "planetizar" en un nuevo mundo y colonizarlo. Según parece, la primera utilización de naves generacionales en la ciencia ficción se presentó en el relato *The Voyage that Lasted 600 Years* que Don Wilcox publicó en la revista *Amazing* en 1940.

A menudo, el tratamiento del tema de la nave generacional se centra también en la evolución socio-cultural en el interior de la nave donde, con el tiempo, puede perderse la noción de que se está en un largo viaje y concebir la nave como el único universo de referencia. Un plantamiento de este tipo surge con *Universo* de Robert A. Heinlein (1941), y se convierte en clásico con *La nave estelar* del británico Brian W. Aldiss (1958).

Curioso y sugerente es el uso que hace Fritz Leiber de este tema en *Nave de sombras* (1969), que incluye una escena de gran significación para los miopes: el protagonista, que ve las cosas francamente borrosas, debe aventurarse a atravesar toda la nave (que se ignora sea tal), hasta llegar a un presunto "mago". Éste

le proporciona unos vidrios maravillosos y extraordinarios que le han de permitir, a partir de entonces, ver las cosas bien enfocadas...

Una inteligente utilización del tema de la nave generacional, emparentada con la responsabilidad de la especie humana respecto de la preservación del planeta Tierra, se encuentra en la interesante novela *Jinetes de la antorcha* de Norman Spinrad (1974). La brevedad de la novela permite, en la edición española, completar la narración con interesantes artículos de divulgación científica sobre algunos de los temas centrales de la historia: la propulsión por estatocoletores de Bussard y la "paradoja de Fermi" de la cual trataremos otro día.